

Caballero. Habia éste aconsejado al rey jubilar á algunos magistrados que por su edad y sus achaques se hallaban mas ó menos impedidos de servir sus plazas. El rey convino en ello, y Caballero aprovechando la ocasion y pintando á Su Magestad con colores exagerados la lentitud y la pereza de algunos tribunales en el despacho de los pleitos, le arrancó el real decreto de 4 de agosto para proceder en todas partes donde se estimase convenir á una reforma de individuos. La intencion de aquel hombre, sin consultar con el consejo ni con nadie para la expedicion de aquel decreto, no era otra sino vengarse de algunos magistrados que hacian cara á las usurpaciones del poder que pretendia ejercer sobre todos los tribunales, y lo que es mas aun, deshacerse de algunos que le inspiraban gran temor de que pudiesen reemplazarle mas ó menos tarde en su destino. ¡Sobre quién cayó la primer ira del ministro Caballero! De entre los ministros jubilados del consejo real, los primeros que recibieron este golpe fueron los camaristas don Juan Mariño de la Barrera, y don Benito Ramon de Hermida, los mismos que algun dia los habia yo pintado al rey como dignos de ocupar alguna silla de ministros sin exceptuar la de estado. De estas escandalosas tropelías hablé yo al rey, sin ninguna contemplacion, contra el ministro Caballero. Éste ofreció su dimision, mas tanto el rey como la reina se opusieron á su retiro. ¡Ojalá que en aquellas circunstancias hubiese yo

podido retirarme de la real comitiva de las bodas y de todo encargo sin afligir á Carlos IV! No eran al fin de mi incumbencia los asuntos de los tribunales: el rey le daba fé sobre aquellos negocios, y el mal se quedó hecho.



CAPITULO XIV.

De las cuestiones suscitadas entre Francia y la Inglaterra sobre el cumplimiento del tratado de Amiens.— Dificultades de mi situacion en lo interior y lo exterior con respecto á los negocios del estado.— Política seguida por nuestro gabinete.— Ruptura de la paz entre Inglaterra y Francia.— Neutralidad de España.— Esfuerzos y sacrificios que se hicieron para establecerla.

¿Fué sincera la paz de Amiens entre la Francia y la Inglaterra? Pocos lo han creido. Unos han acusado á la Inglaterra de doblez y perfidia; otros á la Francia: muchos á la una y á la otra. Yo, á mi modo de entender, tuve por cosa cierta que de una y otra parte se queria la paz de buena gana, salvo á cada una el pensamiento de su propia conveniencia y el deseo natural de asegurar sus intereses, como cada cual se proponia; á saber, la Inglaterra, por la conservacion tranquila, sin ningun desmedro,

de su poder marítimo y de un influjo razonable en los negocios de la Europa; Bonaparte, por el goce igual con la nacion británica del comercio y de los mares, sin renunciar por esto á la supremacía del continente. La Inglaterra, sola cual se habia quedado en la palestra cara á cara con la Francia, agobiada bajo el peso enorme de su deuda, escasa de recursos, escarmentada poco antes por la coalicion marítima del norte que á tan duras penas logró se deshiciese, amenazada en sus hogares, mal segura de la Irlanda, y en presencia de un partido popular que clamaba por la paz de un modo temible, no pudo menos de abrazarla como el solo medio cierto de apartar tantos males y peligros. Si la quiso de veras, dijéronlo sus sacrificios, pues sin ceder la Francia parte alguna de las grandes adquisiciones que habia hecho, consintió la Inglaterra en renunciar y devolver la mayor parte de las suyas. No mostró tampoco oposicion á las expediciones de la Francia en las Antillas, aun pendientes las paces; ni retrocedió tampoco, cuando al tiempo de firmarlas sabia ya que la Francia habia adquirido nuevamente las regiones del Misisipi y el Misouri. Se vió tambien que en su principio, lejos de contrariar el logro de la Francia en la horrorosa lid en que se vió empeñada con los negros, le dió favor y ayuda concediéndole en la Jamaica una asistencia franca para sus provisiones y surtidos. Tal conducta probó que fué sincero de la parte de la Inglaterra el deseo

de hacer la paz y mantenerla, superando este deseo los recelos y temores que infundia la ambicion de Bonaparte.

Por lo respectivo á la Francia, esta nacion magnánima, fácil de contentarse cuando la tratan dignamente, puesto fin á tantas guerras interiores y exteriores que la habian trabajado tan furiosamente, ninguna cosa habria querido tanto como afirmar aquellas paces, tales como despues ha sido dable asegurarlas, cual las tiene hoy sentadas, sin aspirar á mas dominio ni grandeza de la que habia adquirido sobre el continente, junto despues á esto el goce libre de los mares. Bonaparte lo sabia bien, y la paz no era tan solo una necesidad para la Francia, sino tambien, y aun mas grande, para él mismo, que aspiraba por gage de ella á hacer mas popular su gloria y procurarse la diadema. Bonaparte quiso pues esta paz, mas desgraciadamente se engañó de medio á medio en el modo de entenderla: se engañó en creer que la Inglaterra se encontraba muy por bajo del nivel de la Francia, se engañó en creer que su gran poderío en el continente de la Europa no podia balancearse por la rivalidad de aquella gran potencia; se engañó en creer que no se atreveria ya mas, estando sola, á intentar nuevas guerras; que en una extremidad era una empresa fácil y asequible invadir aquel reino y conquistarlo; que no era menos fácil cerrar el continente á su comercio, y que en situacion tan peligrosa para ella, la Inglaterr-

ra hacia la paz sin poder dejar de hacerla y se rendía á las circunstancias. Bajo tamañas ilusiones figuróse que aquella paz habria de ser un paso cierto que le haria reunir al cetro ansiado de la Europa el tridente codicioso de los mares.

El señor Barbé-Morbois ha dicho con razon, *que si bien Bonaparte ha debido ser contado como el primero entre los hombres célebres, se podrá dudar no obstante si le contarán los venideros entre los grandes hombres* (1). Su mayor falta fué vivir en política apasionadamente, derecho siempre al blanco de un poder colosal indefinido, mas sin calcular los medios ni los tiempos, sin tener fé en su edad temprana, sin aguardar los sucesos, siempre de prisa y de carrera en su camino, no haciendo nunca alto, comprometiendo á cada instante su fortuna y su crédito, no dando nada á la prudencia, sin constarse á sí mismo, sin saber ahorrar para mañana, siempre al parecer mintiendo y engañando, no que siempre mintiese y engaÑase, pero dándole este aire la veleidat y la premura de su natural inquieto é impaciente. El mismo que en mayo de 1802, dando cuenta de la paz de Amiens á los grandes cuerpos del estado, concluia de esta suerte: « De hoy ya mas pasará la Francia muchos años sin victorias, sin triunfos y sin aquellas grandes negociaciones de que depende la suerte de los pueblos. La existencia de los es-

(1) Histoire de la Louisiane, première partie, page. 182.

» tados, y mas que todo la existencia de la república, deberá señalarse por otra suerte de ventajas que hagan olvidar las desgracias de la guerra;» aquel mismo que pocos dias despues, cuando le presentó el senado su decreto prorogándole por diez años sobre los diez de su eleccion la dignidad suprema, habia dicho de esta suerte: « La fortuna es » inconstante: muchos que habia colmado de favores » han vivido de mas algunos años: interés era de mi » gloria, proclamada ya la paz del mundo, poner » término á mi carrera; » él mismo en fin, que desdennó aceptar aquel decreto sin que el pueblo le confirmase; pocos meses mas adelante, recibiendo el poder que los sufragios de la Francia le habian dado de por vida, allí mismo, en aquel acto, sin temer contradecirse, distante ya cielo y tierra de sus principios enunciados pocos meses antes, como un hombre embriagado ó delirante, dijo entre otras cosas de este modo: « El pueblo francés desea que le » consagre mi vida toda entera.... obedezco á su voluntad. El mejor de los pueblos será el mas feliz, » como merece serlo, y su felicidad contribuirá á la » de toda la Europa. *Satisfecho yo entonces de HABER » SIDO LLAMADO POR ÓRDEN DE AQUEL DE QUIEN TODO DIMANA PARA TRAER NUEVAMENTE A LA TIERRA LA JUSTICIA, EL » ÓRDEN Y LA IGUALDAD, oiré dar mi última hora sin » pena... y sin inquietud cuanto al juicio que de mis » obras hubieren de formar las generaciones venideras, etc. »*

He aquí, pues, de que manera fué sincero el voto de la paz en cuanto al gefe de la Francia, bien distinto del de este pueblo generoso que le entregó sus libertades para gozar bajo su mando de la paz gloriosa que le habia costado tanta sangre, y trabajos tan heróicos. Semejantes bocanadas y jactancias de misionero y dictador de la justicia entre los pueblos de la tierra, extrañas y risibles aun salidas de la boca de un sofí de Persia, pronunciadas como habian sido en medio de la Europa, y lo que es mas en medio de la Francia al comenzar 'el siglo diez y nueve, descubrian á las claras el fanatismo del poder que habia hecho presa de su espíritu y preparaba á las naciones otras cruzadas nuevas mucho mas desastrosas que las que habia intentado, hacia diez años, el fanatismo demagógico. No faltó, en verdad, quien se alegrase al oir proclamar de la boca de Bonaparte, del gran hijo de la república francesa, el poder de lo alto por derecho divino. «Triste » alegría, dije yo al rey; ¡ahora son ya de cierto los » peligros, ahora las grandes plagas de la Europa!»

Las acciones de gracias y los cantos de alegría resonaban todavía en los pueblos cuando se mostraban ya en el cielo de la Europa las fatales telarañas que indicaban tempestades nuevas: los dias claros y serenos de un sol puro que fundaron la esperanza de una paz durable, fueron pocos. Mientras resignada ya á sufrir la preponderancia inmensa que la Francia habia adquirido por sus triunfos en el continen-

te, y llevando en paciencia la reunion de la Italia y de la Francia bajo una misma mano poderosa, cumplia sus pactos la Inglaterra, y paso á paso devolvía sus conquistas, Bonaparte hacia agregar á sus adquisiciones anteriores, como departamentos de la Francia, la isla de Elba y el Piamonte, invadia la Suiza y la obligaba por las armas á recibir sus leyes, oprimia la Holanda con sus tropas, ocupaba sus puertos, disponia de sus fuerzas, hacia otro tanto á la Liguria, y á la Inglaterra misma se atrevia á exigirle moderar las leyes de la imprenta, y arrojar de su suelo á todos los extrangeros que él le designaba como enemigos de la Francia. La guerra de tribuna y de papeles comenzó la tormenta (1): la Inglaterra hizo

(1) He aquí una muestra de este género de hostilidades en el siguiente artículo del Monitor de 6 de noviembre de 1802. » ¿Cuál será la causa del interés que la faccion » enemiga de la Europa manifiesta en favor de los insur- » gentes suizos? Fácilmente se echa de ver que desearia » convertir la Suiza en un nuevo Jersey para formar en » ella nuevas tramas, pagar traidores, propagar libelos, dar » acogida á todos los delincuentes y á todos los enemigos » de la Francia, y hacer en fin por el lado de levante lo » que ha hecho constantemente por poniente aprovechán- » dose de la situacion de Jersey... ¿Cuál es el interés de » la Francia? El no tener sino buenos vecinos y amigos » seguros. Por el mediodia el rey de España, *aliado de la » Francia por inclinacion y por interés*; y la república » italiana y la Liguria que *siguen su sistema federativo*. » Al norte y al este, la Holanda, el rey de Prusia, el du-

alto. No le quedaba por volver sino á Malta; sabia el ansia de Bonaparte de reinar él solo en el Mediterráneo, y temia con razon sus propósitos, aun vivos, acerca del Egipto y de la India. La infeliz Suiza, al mismo tiempo oprimida y desarmada, habia pedido á la Inglaterra que mediase en favor suyo. Bonaparte se negó á admitir la mediacion de esta potencia, y á tratar con ella de este ó de otro objeto que no fuese relativo á los conciertos literales de la paz de Amiens. Desatendida la Inglaterra, se aumentaban las pretensiones, la querella se encrudecia, y la guerra era infalible.

» que de Baviera, el príncipe de Baden, y la Suiza. La faccion enemiga de la Europa, que anhela á conmover el continente, no hallará en estos estados ni cómplices ni tolerancia; y sin embargo estos agitadores no duermen ni descansan. Han querido probar sus fuerzas y recursos en Génova, en Suiza y en Holanda. Cuando sus tramas comenzaban ya en Suiza á producir algun efecto, el manifiesto del primer cónsul de 3o de setiembre lo volvió todo á su estado natural... Este es el resultado de diez años de triunfos, de riesgos, de trabajos y de inmensos sacrificios. La paz de Luneville, los preliminares de Londres y la paz de Amiens, en vez de hacer mudanza en este resultado, han servido para consolidarle. ¿ Mas por qué intentar ahora lo que hasta aquí no ha podido lograrse? ¿ Creen acaso que nos hemos vuelto cobardes? ¿ Nos creen menos fuertes de lo que hemos sido siempre? *Mas fácil será que las olas del océano arranquen el peñasco que hace cuarenta siglos desprecia su furor,* que el que la faccion enemiga de la Europa y de los hom-

Yo ví venir aquella guerra, doblemente afligido por los males que á España y á la Europa toda no podria dejar de acarrear la nueva coalicion y la tenaz contienda de aquellas dos potencias, y por la posicion dificultosa en que me hallaba en tales circunstancias. Al decir y al creer de todo el mundo, yo tenia las riendas del estado y era dueño absoluto de dirigir la marcha como mejor me pareciera. ¿Me

»bres vuelva á encender la guerra y sus furores en el seno
»del Occidente; menos aun que se turbe ni un instante
»el astro de la Francia.»

El tono de los diarios ingleses no era menos fuerte; algunos de ellos atacaron al mismo primer cónsul con ironías amargas. Este quiso exigir la represion: el gobierno inglés sujetó á los tribunales los agravios de que Bonaparte se quejaba, y este modo de proceder, bien que fuese el solo permitido por las leyes inglesas, irritó su amor propio. Los papeles franceses atacaron entonces á su vez á la casa reinante de Inglaterra, y Bonaparte mismo no se *abstuvo* de intentar humillar á esta potencia en sus mensajes á los cuerpos del estado. Mas tarde aun fué mas lejos, y de un modo desacostumbrado en la política y finura de las córtes de la Europa, trató mal en plena córte al embajador de Inglaterra.

En este lugar rogaré á mis lectores, que en el artículo del Monitor que he citado, noten bien que al hablarse en él de los aliados de la Francia, se tuvo buen cuidado de distinguir nuestra alianza como hija solamente de *inclinacion é interés nuestro*, mientras se hablaba de otros pueblos aliados *por sistema federativo*. Este respeto hácia nosotros fué mantenido siempre mientras Cárlos IV tuvo el cetro.

quejaré de esta creencia? ¿ diré que no era fácil engañarse? Distinguido siempre por el rey con las mayores muestras de su amistad y confianza, no permitiendo Cárlos IV que se diese ningun paso en los negocios exteriores sin mi acuerdo, tratando y figurando de su órden con los ministros extrangeros; consultado tambien y oido muchas veces con suceso en los asuntos interiores, puesto en fin á la cabeza del ejército y la armada, y encargado de su arreglo y sus mejoras, fácil era juzgar que yo era todo en el gobierno y que el poder se hallaba concentrado entre mis manos. Mas no era asi en verdad: nada se despachaba, ni aun los mismos asuntos de las reformas militares, que no fuese por él órden y las vias ordinarias de los respectivos ministerios: Cárlos IV preguntaba y escuchaba siempre á todos sus ministros, ningun asunto era tratado ó decidido á excusas de ellos, y si bien el rey deferia á mi parecer con mas frecuencia en los negocios de política, digan cuanto quisieren sus contrarios, jamás cerró sus ojos ni aun conmigo, ni hizo nunca por hábito ó á ciegas lo que yo le aconsejaba: lejos de ser así, como se verá muchas veces todavía, siguió consejos en asuntos los mas graves, harto diferentes de los míos. He dicho ya otra vez que Cárlos IV designaba su voluntad y asentaba la base de conducta que queria se siguiese: no era amigo de trabajar en los detalles, pero aun estos queria saberlos y se imponia de todo para dar su beneplácito. Cumplir su volun-

tad en cuanto estuvo en mi mano, decirle la verdad, exponerle mi parecer, y llevar adelante sus deseos, justos siempre, sensatos y favorables á sus pueblos, si bien á veces muy difíciles para ser ejecutados, me adquirió su confianza, tanto mayor por aquel tiempo, cuanto visto el resultado en todas partes de los sucesos de diez años, se encontró el mas bien servido y el mejor librado entre todos los reyes de la Europa. En las nuevas vicisitudes que le amenazaban, si estallaba otra vez la guerra entre la Francia y la nacion británica, era natural que confiase en mi lealtad y en mi desvelo por servirle con acierto: de mi lealtad no dudó nunca; mas temia algunas veces si yo podria engañarme; y temiendo yo tambien si me engañaba, mas de una vez cedió, y cedí yo tambien, al parecer ageno. Por desgracia mia, en esta nueva época, se encontraba en desuso el llevar los negocios, á tratarlos y discutirlos, al consejo de estado que siendo yo ministro tuve en vigor perenne todo el tiempo que llevé en mis manos las riendas del estado. ¿Quién lo podria creer que en los tres años de Saavedra y Urquijo se perdió otra vez esta costumbre como en los postreros años que gobernó Floridablanca? Ellos y mas que todos Caballero, persuadieron al rey contra la discusion de los asuntos entre muchos, poniendo por delante la necesidad del secreto en los negocios de política, y el peligro de los partidos que producen de ordinario las disputas. Yo no fuí dueño, por mas que lo propuse

con ahinco, de renovar estas sesiones importantes donde á lá luz que derramaban los diferentes pareceres, no tan solo era mas fácil el acierto, sino que obrando con arreglo al dictámen del mayor número, lo que quiera que se adoptase ponía al abrigo de cualquier censura injusta á los agentes del gobierno. ¡Dura situacion la mia, que sin ser libre de modo alguno para esquivar la carga tan penosa que Cárlos IV me imponía, era casi solo para llevarla; ora mas, ora menos por lo tocante al mando, que un ministro, con un poder de mera confianza que yo mismo no sabia definirlo, parecia ser el árbitro de los negocios del estado, y él solo responsable de todos los sucesos delante de la España y de la Europa!

No era mas feliz mi oposicion en cuanto á tener seguras mis espaldas de maquinaciones enemigas. Comenzaba ya entonces á tomar cuerpo el cruel partido que debia perder á España. A las ruines instigaciones con que el canónigo Escoiquiz habia excitado ya de antiguo en contra mia al príncipe de Asturias, se juntó que éste príncipe supiese el consejo que yo habia dado á Cárlos IV de diferir su matrimonio. ¿Quién le sopló esta especie? Cárlos IV y María Luisa no fueron imprudentes; pero el rey se lo habia dicho á Caballero pidiéndole consejo. La princesa de Asturias no era menos en contra mia, ni por cierto necesitaba haber sabido tal especie para verme con malos ojos. La reina de Nápoles su madre, ardiendo siempre en ódio de la Francia, y

creyéndome á mí un amigo decidido de la paz con la república, lo primero que le encargó fué que estudiase y viese el modo de minar mi influencia y destruirla: hija mas obediente no nació jamás de madre.

Tanto como es difícil en los gobiernos absolutos levantarse un partido poderoso y enemigo sin tener quien lo sostenga en las regiones altas de la córte, tan fácil le es formarse si se recluta bajo nombres y banderas que prometan la impunidad y ofrezcan visos de un buen éxito. El canónigo Escoiquiz, mal hallado en Toledo y en la paz de su coro, soñando siempre sus grandezas en el reinado venidero, y pidiéndole á la fortuna por cualquier modo que esto fuese, la pronta ocupacion del trono por su augusto discípulo, vino á visitar y á ofrecer sus parabienes á los nuevos esposos, halló sus corazones bien dispuestos para la guerra que él ansiaba en el palacio, se afirmó en su esperanza, trazó las líneas del ataque, juntó amigos que le ayudaran, pocos en verdad, sin ningunos talentos, sin ningunas virtudes, sin ningun crédito en la córte (1), pero propios para servir sus inicuas intenciones, y formó

(1) Basta nombrar los campeones alistados por Escoiquiz, para juzgar que no es pasion sino justicia calificarlos de este modo. Visto ha sido el desdichado papel que han representado en los sucesos de la España un duque del Infantado, un conde de Teba, despues conde de Montijo, un Villariego, un duque de San Carlos, y otros hombres

el cuadro de un partido, no diré contra mí, que esto era poco y sucede todos los dias en cualquier parte, mas tambien, que si era mucho y era horrible, contra el augusto anciano su señor y su rey que le habia hecho su fortuna, que lo habia colmado de favores, que habia olvidado sus intrigas y le tenia en memoria para darle, andando el tiempo, alguna mitra. Si la implacable enemistad que él me tenia se la hubiera yo correspondido, nada habria sido para mí tan fácil, sin hacerle mal alguno, como haber puesto entre los dos mar y tierra de por medio alcanzándole una mitra en cualquier parage de América; pero no quise nunca contrariarlo ni vengarme: yo le tenia en Toledo por dichoso. ¡Oh! en política el que manda debe ser sin duda alguna equitativo y justo aun con sus enemigos; pero generoso nunca con los díscolos y aviesos, porque tal suerte de contrarios rara vez ó nunca se desnudan de su carácter. ¡Qué de males se hubieran atajado quitándole de España honrosamente!

Aunque ignorante yo por aquel tiempo de los nuevos manejos del canónigo (que él se guardaba bien de hacerse sospechoso, y concertada desde en-

de la misma faccion, de puro oscuros ya olvidados. Entre tantas personas de ilustracion que figuraban en la corte, no se vió ni una sola que se arrimase á este partido. ¿Se dirá que tantos individuos eminentes estaban corrompidos, ó que todos eran ciegos excepto aquellos hombres de la nada enganchados por Escoiquiz?

tonces su correspondencia clandestina con el príncipe, se abstenia con cuidado de frecuentar la corte), me bastaba á mí saber y conocer por repetidas muestras, que me hallaba muy mal querido del príncipe de Asturias y de su real esposa; para presentir muchos males y desmayar mi ánimo. Sin explicar este motivo, no una vez sola sino muchas, pedí al rey con instancias vivas mi retiro á Granada en una de mis propiedades: no me fué dado conseguirlo. Carlos IV, en medio de esto, aun callando yo y disimulando mis pesares, no dejó de descubrir y conocer el nuevo gérmen de discordia que habia entrado en el palacio por el matrimonio que ansió tanto de su hijo: fatal desgracia, que allí precisamente donde el rey pensó encontrar un medio de estrechar sus relaciones con la casa de Nápoles, y conformar con su política la marcha tanto tiempo incierta y peligrosa del gabinete siciliano, allí mismo se aumentó el mal, porque ántes de las bodas, al menos no habia nada que turbase la nuestra ni que comprometiese el aula régia. Nuestra infanta doña María Isabel, casi niña todavía, aun no cumplidos sus catorce años, ninguna cosa podia en Nápoles para influir en los negocios; mientras al contrario la princesa doña María Antonia, en una edad aventajada (1), fiera de condicion, viva de ingenio,

(1) Tenia ya diez y ocho años cumplidos, la misma edad del príncipe de Asturias con diferencia de dos meses.

con un carácter dominante, y con la escuela y las inspiraciones de su madre, vino á aumentar nuestros cuidados y peligros tomando parte en la política. Atendida la edad del príncipe, y mirada tambien la conveniencia de halagar su amor propio, porfiaba yo con su buen padre porque consintiese ya á llamarle y darle entrada en los negocios del despacho. El sí estaba ya obtenido, cuando una carta poco precavida de su hermano el rey de Nápoles, dejó ver á Cárlos IV que la princesa real se ingeria en la política y podria comprometer al gabinete en la funesta crisis que debia traer la próxima ruptura de la Inglaterra y de la Francia. En verdad no era dable prometerse la reserva y la discrecion del príncipe de Asturias con respecto á su esposa: la queria y la adoraba con todos sus sentidos, y ella lo dominaba enteramente. Cárlos IV retractó la voluntad de llamar á su hijo á tomar parte y á instruirse en los negocios del estado en tales circunstancias: amaba mas sus pueblos que su propia sangre. Mis enemigos ignorando ó fingiendo ignorar lo que pasaba adentro, todos me han acusado de que yo estorbaba que tuviese el príncipe la confianza de su padre; yo no podia indicar á nadie estos motivos: mis lectores verán si Cárlos IV se fundaba justamente para guardar esta reserva con su hijo: una especie cualquiera bien ó mal entendida que llegase á traspasar de los secretos del estado, en tal época tan expuesta y tan difícil que iba á abrirse en la Europa, podia perder

todas las cosas. ¡Cuánto por mi propia paz y por ganarme el corazón del príncipe, que era un interés mio de grande monta, hubiera yo querido lo contrario! ¡Cuánto fué fácil á mis enemigos encontrar allí un pretexto para persuadirle que yo queria humillarlo, y que era yo la causa de que el rey le tuviese desviado de los negocios del gobierno! ¡Qué no podia esta idea en el ánimo del príncipe á quien el ánsia de asociarse al mando le fué inspirada aun siendo casi niño por Escoiquiz; en quien entonces ya, en aquella misma actualidad, comenzaba á excitarse el deseo precoz de la corona que tan funesto fué á la España!

Con tan tristes agüeros á la parte de adentro, para mayor angustia via venir los horizontes cada vez mas cargados por la parte de afuera. El gabinete de la Francia, si llegaba á romper con la Inglaterra, no podia menos de ofrecernos compromisos y embarazos los mas graves: nuestra posicion respecto de él empezaba á variarse. Bonaparte que hasta aquel tiempo se habia mostrado siempre comedido y complaciente con nosotros hasta el extremo casi de adularnos, celebradas las bodas de los príncipes de España y Nápoles, tomó un carácter nuevo de sequedad y aun de desvío con nuestra córte. Al modesto y juicioso embajador M. Gouvion Saint-Cyr, de quien mas que de otro alguno recibió Cárlos IV demostraciones nobles y sincéras de un alto miramiento y de un respeto afectuoso, hizo Bonaparte suce-

der al intrépido y bronco Beurnonville, militar desgarrado, libre y resuelto en sus razones y propósitos, hombre de conciencia ancha, sin principios bien fijados en política, acomodable á todos los sistemas, ora al parecer realista, ora republicano, servidor votado siempre al que mandaba, é instrumento ya probado anteriormente por el primer cónsul para cumplir sus instrucciones á derecho y á siniestro. Con este nuevo hombre, que mudaba la escena nuevamente, tuve que verme cara á cara.

Uno de los encargos que le hizo Bonaparte fué de ganarme á su política, ó trabajar en mi caída. El mismo Beurnonville, á pocos dias de su llegada, me lo dijo así francamente creyéndome ambicioso. Yo tomé el mismo tono de franqueza, y de una vez le respondí de esta manera: « Mi política es ésta y lo » será hasta el fin en mis consejos al monarca: Espa- » ña siempre la primera, con ella y despues de ella » la segunda la Francia mientras sea nuestra aliada » y quiera serlo dignamente: en política, si se ha- » bla la verdad, como yo acostumbro hablarla, no » sirven cumplimientos. En cuanto á mi caída, diré á » V. con la misma ingenuidad que me hará un gran- » de bien en procurármela. » El arrogante embajador, lejos de incomodarse, se pagó de esta respuesta, y si bien los empeños y altercados que ofreció aquella época fueron graves y penosos con extremo, puedo no obstante asegurar que todo el largo tiempo que residió en Madrid vivimos tan amigos como es

posible serlo en diplomacia y permitian las circunstancias. No pudiendo prescindir de sus encargos é instrucciones en contra de las cuales declamaba él mismo con frecuencia, se podria en verdad haber tenido por una estratagema aquella especie de amistad ó de franqueza que tenia conmigo. Dar-me la razon y combatir no obstante en contra de ella, era casi siempre el arte ó la manera que tenia de tratar los negocios y pretender sacar partido. ¡Fuerte situacion la mia, el timon siempre armado contra los dos escollos de Scylla y de Caríbdis, que tal eran entonces otra vez, como antes lo habian sido, la Francia y la Inglaterra! La posteridad hará la parte de justicia que es debida al que en tales circunstancias debia llevar la proa sin estrellarla, hirviendo el golfo de la una y la otra parte y tronando los cielos de ambos lados!

La primera demanda sería con que se estrenó Beurnonville de la parte del primer cónsul, fué la pretension de unirnos á las reclamaciones de la Francia sobre Malta, alegando á este fin que España juntamente con Francia y con la Holanda concurrió á la paz de Amiens, y que era honor y deber suyo concurrir tambien á sostener aquel tratado.

Cárlos IV desde un principio, en cuanto vió que empezaba á alterarse la bueua inteligencia entre las dos rivales, me designó su voluntad, como tenia de uso, de esta suerte: «La paz para mis pueblos: no quebrar con la Francia, ni romper con la Ingla-

terra.» El rey tenia razon; nuestra neutralidad era el único partido favorable que podia convenirnos en la nueva lid inminente de aquellas dos potencias. Probar de nuevo á conseguirlo, por mas que hablasen en contrario tantas experiencias hechas, fué para mí un deber sagrado. Fuerza fué resistir la pretension del primer cónsul. Beurnonville altercaba y argüia sobre el honor de España que sufría igual desaire al de la Francia, quedando por cumplirse un artículo esencial de aquel tratado en que eramos nosotros solidarios con la Francia y con la Holanda.

En esto habia un sofisma manifiesto. El tratado contenia intereses generales é intereses especiales para las tres potencias; los unos y los otros se debian sostener de mancomun mientras ninguna de ellas ofreciese motivos justos por su parte para que la Inglaterra, que tambien tenia intereses propios, se negase á consumar sus pactos; mas si entre alguna de ellas y entre la Inglaterra se suscitaban diferencias sobre otros hechos nuevos no consentidos ni previstos por la letra del tratado, y estos hechos no eran comunes ni de mútuo acuerdo entre las demas potencias contratantes, los altercados nuevos pertenecian tan solo á aquella que dió lugar á ellos, si la Inglaterra se fundaba justamente. ¿Hubo estos hechos nuevos de parte de la Francia? ¿Tenia motivo de alarmarse y de quejarse la Inglaterra? La Francia habia aumentado sus dominios en

el continente y en el Mediterráneo despues de hechas las paces, y oprimia ademas con sus armas á dos potencias de un gran peso en la balanza de la Europa. La Inglaterra tenia un derecho incontestable á una de estas dos cosas, ó á pedirle cuenta de aquellas novedades y de aquella persistencia en aumentar su poderío, ó á exigir de la Francia (cosa en verdad injusta, pero usada con frecuencia) compensaciones nuevas con que balancear de parte suya los aumentos nuevos de la Francia. En el derecho de la Europa, de largo tiempo ya ejercido y mantenido en ella, las adquisiciones nuevas que se hacian, aun por caso de herencia, producian reclamaciones y costaban guerras, ó se hacia necesario recurrir á transacciones con las potencias disidentes. El tratado de Luneville, el de Amiens, y los demas que fueron celebrados en la misma época con diversas potencias reconocian las cosas tal como se hallaban ó habian sido convenidas al tiempo de firmarse; las adquisiciones de Inglaterra en las Indias orientales de que tanto ruido hacia el primer cónsul, y las adquisiciones de la Francia sobre el suelo de la Europa, recibian igual firmeza: lo que no era explícito era implícito y se daba ó se tenia por hecho y consumado. La cuestion única, la cuestion emergente no era sino ésta: posteriormente á los tratados, de su propio albedrío, sin dar razon á nadie, sin transacciones nuevas con la Europa, la Francia ha acrecentado sus dominios, ha subyugado la Suiza y do-

mina en la Holanda ocupando sus puertos y disponiendo de sus fuerzas. La Inglaterra, al contrario, devueltas casi todas las conquistas que estipuló en Amiens restituir á sus antiguos dueños, no ha adquirido nada nuevo. ¿De qué parte venia la alteracion en el estado de las cosas que fijaron las paces generales? La cuestion pues con la Inglaterra no era española ni holandesa, sino francesa solamente.

Yo hice estas reflexiones y otras muchas al embajador francés, que él mismo hallaba justas. «¿Pero » qué haria V., me replicó, si se encontrase esta » vez en el lugar del primer cónsul?» — «No me » toca á mí, le respondí, señalar la línea de conducta » que podria realzar su gloria y afirmarla, mas pues » V. me excita á ello, le diré como obraria en tales » circunstancias. Lo que al fin está ya hecho trataría » de mantenerlo, pero empleando los recursos de » una sábia política y evitando las armas. Puesto que » el continente está acallado, nada mas importante » que acallar á la Inglaterra é impedir que promue- » va nuevos ruidos en Europa. ¿No es primero con- » solidar lo que ahora existe, tan próspero, tan gran- » de, tan difícil de creerlo y hasta de imaginarlo si » no se viera hecho, que ponerlo en cuestion por » una nueva lucha, que si llega á encenderse no » hay prevision humana que alcance á ver el térmi- » no? La nacion francesa agrandada hoy dia con un » gran número de pueblos avenidos bien con ella, » fuerte por las simpatías de todos ellos con que esta

» union ha sido hecha , compacta , llena , rebosando
» de gente culta y gananciosa , nada de heterogéneo
» ni de bárbaro como en otros imperios, de una mis-
» ma lengua , de unos mismos principios , de unas
» mismas costumbres , dominando en la Italia , ro-
» deada de amigos y aliados... sí , la nacion francesa
» es hoy dia , á todas luces , la nacion mejor acom-
» dada que existe sobre el globo. Junto á esto ; qué
» poder, qué prosperidad y que grandeza no la espe-
» ran allende de los mares, vuelta á la posesion de
» sus colonias , cerca de tornar á ser señora de una
» region inmensa en la América del Norte, y de otra
» no pequeña ni menos provechosa en la del medio-
» dia (1), poseedora de los dos rios mas caudalosos,
» mas navegables y mas propios al gran comercio, el
» Misisipi allí y aquí las Amazonas! Cuando despues
» de todo, agotados los recursos del arte diplomática,

(1) Por el artículo VII del tratado de Amiens se fijaron definitivamente los límites de las Guayanas francesa y portuguesa en el rió Arawari. Los de la francesa fueron puestos en la ribera septentrional de dicho rio , desde su última embocadura la mas apartada del Cabo-Norte, hasta su origen , con todas las tierras que se encuentran al norte de aquella línea establecida. No se debe juzgar de la importancia de la Guayana francesa por la corta utilidad que ha sacado de ella la metrópoli , que ni aun supo sacarla de la Luisiana cuando tenia el dominio de ella. Se sabe bien cual sea el estado floreciente de las Guayanas inglesa y holandesa. El solo ramo de las grandes selvas vírgenes pertenecientes á la Guayana francesa , es un artículo inmenso de riqueza por las maderas de construccion que

» se hubiese de dejar esa roca de Malta en poder de
» los ingleses , ¿ vale Malta este poder y esta riqueza
» á la otra parte de las mares , que será perdida , y
» quizá para siempre ? ¿ Necesita la Francia disfrutar
» mas puertos en el Mediterráneo , donde lo que no
» es suyo pertenece en gran parte á sus amigos y
» aliados ? ¿ No podrá pasar la Francia sin tener el
» Egipto y disputar á la Inglaterra sus adquisiciones
» orientales ? ¿ No deberá adquirir un contrapeso so-
» bre el comercio inglés por la posesion y el goce de
» la Luisiana , con tan buenos vecinos , tan simpáti-
» cos con la Francia , tan dispuestos y bien medidos
» para imponer respeto á la Inglaterra y disputar los
» mares ? ¡ Qué hermosa perspectiva la que hoy ofre-
» cen los destinos á la Francia ! Si la nacion francesa ,
» conseguidas tantas ventajas , se manifiesta cuerda y
» moderada , si ella misma por sí propia se refrena y
» pone un linde á su carrera prodigiosa , y si , cual
» debe suceder , obtiene por tal medio en su favor la
» buena fé de las naciones dejando al tiempo lo que
» es suyo , la Francia será el centro del poder euro-

ofrecen mas de doscientas y cincuenta especies , todas á
cual mas propias para la marina , árboles gigantes y verda-
deros colosos vegetales , provision inagotable á pocos pasos
de la Martinica y la Guadalupe. Los confines franceses del
oeste que fijó el mismo tratado , abrazaban toda la exten-
sion contenida en una línea recta tirada desde el origen
del Arawari hasta el Rio Branco.

» peo, y las demas potencias, cuando ya estuvieren
» ciertas de su cordura y su templanza, formarán
» respecto á ella círculos paralelos, y lograráse un
» mismo eje de paz y de justicia sobre el cual gire
» en adelante y se conforme en todas partes la polí-
» tica. ¿Qué podrá entonces la Inglaterra sino incor-
» porarse al gran sistema y moderar sus pretensiones?
» Pero este tiempo no ha llegado; los demas enemi-
» gos ó rivales de la Francia que aun se están calla-
» dos, han cedido á la fuerza de las armas, y sus lla-
» gas están frescas y les deben doler mucho: es me-
» nester que la Inglaterra no vuelva á destaparlas y
» no exacerbe nuevamente la calentura que remite;
» es menester dejar sanar aquellas llagas, y hacer
» amar por la sabiduría de una política sublime lo
» que el temor ha obrado solo hasta el presente. Qué-
» dese Malta á los ingleses cuando no hubiere otro
» remedio; la paz de Francia con la Europa y de la
» Europa con la Francia vale mas que el falso honor
» de arrancar á los ingleses esa triste compensacion
» ó esos rehenes temporáneos con que parecen con-
» tentarse. He dicho mi opinion con toda la fran-
» queza de que usamos mutuamente, y con la mis-
» ma diré á V., que el rey se niega enteramente á
» tomar parte en las reclamaciones sobre Malta, por-
» que acceder á esta demanda equivaldria á compro-
» meternos en la guerra que está cerca de encender-
» se; el gabinete inglés responderia del mismo modo
» á nuestras quejas que responde á la Francia. En la

» guerra de América, el rey Cárlos III que aceptó
» el papel de mediador entre la Francia y la Ingla-
» terra, como era natural que sucediese, recibió des-
» aires, y se encontró empeñado contra sus propios
» intereses en aquella dura lucha. Señor embajador,
» como dice un proverbio nuestro, *de los escarmen-*
» *tados nacen los avisados.* »

« ¿Pero y nuestra alianza....? » replicó Beurnonville.

» Nuestra alianza, contesté al instante, no es una
» *sociedad de guerra*: tal como fué entendida y la
» tratamos con el directorio ejecutivo, tal sabremos
» observarla y cumplirla fielmente con el primer
» cónsul: mas allá no iremos nunca. Despues de esto,
» si V. lo reflexiona, ni aun á los mismos intereses
» de la Francia les conviene otra cosa, si la guerra
» estalla, sino que España sea neutral en ella, que
» no se arruine su comercio, y que viviendo en paz
» con la Inglaterra favorezca el de la Francia por
» cuantos medios le sean dables. Escriba V. con tiem-
» po y escriba V. resueltamente, porque el rey di-
» fícilmente mudará de consejo, y no soy yo quien
» tomará á su cargo trabajar para que cambie de dic-
» támen. Lo he dicho ya: el bien de España lo pri-
» mero; despues el de la Francia: entrambos juntos
» si se puede. V. en mi lugar diria otro tanto. »

El francés escribió: hubo réplicas y mas réplicas, y mientras se seguian estas disputas, he aquí la guerra vuelta á enmarañarse entre Roma y Cartago

como se dijo entonces con sobrada arrogancia, pues que de aquella vez, al fin de cuentas, fué Roma y no Cartago quien pagó las setenas de aquella lucha temeraria. Imposible mayor empeño del que hizo Bonaparte por arrastrarnos á la guerra, mientras el gobierno inglés, al menos por entonces, tanto á España como á Holanda se mostraba amigo y complaciente. La Holanda no era libre, y arrimó, mandada, el hombro á la querella de la Francia. En cuanto á España, hízonos preguntar el primer cónsul de que modo categórico y positivo se debía entender nuestro tratado de alianza. La respuesta partió volando, tal como se habia ya dado de antemano y en sustancia á Beurnonville: la alianza, como fué pactada con el cuerpo directorial de la república francesa, con las mismas reservas, y con la misma buena fé con que éstas fueron hechas por nosotros y aceptadas por aquel gobierno (1). A propósito de estas reservas y sobre su observancia por la parte del directorio, habia un hecho que bastaba el solo para servir de regla sobre el derecho de la Francia y las obligaciones de la España. Por la segunda coalicion, vigente ya el tratado mas hacia de dos años, se encontró la Francia acometida en todas sus fronteras; ¿quién no habria dicho que era aquel un caso en que el tratado de alianza con la España daba accion

(1) Sobre estas condiciones y reservas dejé hablado largamente en el capítulo XXXIII de la primera parte donde podrán verse, y conviene que se vean.

á aquel gobierno para pedirle ayuda? Mas sin embargo no fué visto que el directorio la exigiese en tan terrible apuro en que se via la Francia. El artículo XVIII limitaba nuestro concurso á la guerra marítima de comun interés en aquella actualidad á entrambas dos naciones, y la Francia no tenia derecho de pedir otra suerte de concurso por parte de la España: el gobierno francés, conforme y consiguiente al pacto celebrado, se abstuvo de invocar los artículos aparentes limitados despues por el décimo octavo. « Pero este artículo, clamaba Beurnonville, decia á la letra *en la presente guerra*, sin » exceptuar otra ninguna en adelante. »

— « Señor embajador, reponia yo, cualesquiera » otras guerras cuyo interés no fuese igual á entrambas partes, se encontraban exceptuadas por inteligencias nuestras reservadas con el directorio ejecutivo. Tengo citada ya la segunda coalicion que era » otra nueva guerra, y en presencia de la cual no » se creyó en derecho aquel gobierno de reclamar » nuestra asistencia. Pero aun hay mas, que el primer » cónsul sucediendo al directorio y siguiendo aquella guerra, falta como halló á la Francia de recursos, no interpeló á la España para pedirle auxilio. » Vino despues la cuestion del Portugal; la causa era » comun, el interés recíproco, y la guerra se hizo » de comun acuerdo y en virtud de la alianza. El » primer cónsul sabia bien la extension y los lindes » que tenia aquel tratado. »

— « Pero á lo menos contra la Inglaterra, instaba » Beurnonville, surtia su pleno efecto la alianza, y » si la guerra hubiese sido prolongada, aun estaria » rigiendo contra aquella potencia. »

— « Cierto, le decia yo; pero la paz fué hecha, y » la Inglaterra no ha dañado á España nuevamente. »

— « Pero ha ofendido á su aliada, que es lo mismo, » replicó Beurnonville.

— « No tanto, dije yo; nuestro tratado de alianza » no es el viejo *pacto de familia* en que la causa era » comun enteramente entre las dos potencias, verda- » dera sociedad de guerra á diestro y á siniestro. Esta » guerra de ahora ha estado en manos de la Francia » el evitarla: en su modo de ver ha estimado que su » honor se encontraba empeñado y ha preferido el » juicio de las armas. Yo me abstengo de censurar, » y ni apruebo ni desapruuebo esta conducta; lo que » me toca á mí es decir que los intereses de la España » no se ajustan con su asociacion á esta medida beli- » cosa: el interés supremo es la salud del pueblo, y » su interés depende hoy dia, como el rey lo ha pro- » nunciado firmemente, de ser amigo de la Francia » sin chocar con la Inglaterra. »

— « Pero eso es imposible, » replicó Beurnonville.

— « Probarémos de nuevo; quizás la Inglaterra de » esta vez sea mas cuerda con nosotros. »

— « ¡Y la España abandona á su aliada entera- » mente! » exclamó Beurnonville.

— « No, no la abandonamos, contesté al embaja-

»dor alargándole la mano. Cuanto permita la polí-
»tica sin empeñarnos en la guerra, otro tanto hará
»España por la Francia. El comercio francés habrá
»de sufrir mucho por causa de esta guerra: la neu-
»tralidad de España le podrá ofrecer multitud de
»recursos que le faltarian comprometidas nuestras
»armas en esta nueva lucha. Neutral, podrá tambien
»España encontrar medio de acordarse con algunas
»potencias, neutrales igualmente y amigas de la
»Francia y la Inglaterra, para mediar en las cues-
»tiones suscitadas, y cortar esta guerra, que empe-
»ñada sériamente, volveria á incendiar la Europa;
»guerra dura y sangrienta si se enreda por todas
»partes, de difícil pronóstico. He aquí todo lo que
»podemos, siempre amigos de la Francia, firmes
»en su amistad, mientras ella nos corresponda, con-
»tra todas las sugeriones que podria mover en daño
»suyo la Inglaterra ó cualquiera otra potencia.»

Dada cuenta á su gobierno de ésta y otras con-
ferencias semejantes que tuvimos, y que tuvo igual-
mente con el primer ministro, el embajador francés
recibió orden de hacer esta pregunta: «Neutral la
»España entre la Francia y la Inglaterra, ¿qué po-
»drá hacer por la primera subsistiendo su amiga y
»conservando su carácter de aliada?» Beurnonville
tenia instrucciones para tratar acerca de esto, mas
se abstenia de proponer y se estaba á la capa para
aguardar nuestra respuesta. La sola especie que sol-
tó fué la siguiente: «Que en las contestaciones sus-

» citadas, la Francia se alargaba cuando mas á con-
» fesar que en aquella actualidad la verdadera inte-
» ligencia del tratado era dudosa, que el derecho
» comun ofrecia reglas para interpretar los tratados,
» y que la Francia deseaba que á lo menos se adop-
» tase un medio entre aquello que podia llamarse
» *extension ó restriccion* del espíritu y del objeto del
» tratado de San Ildefonso; que este término medio
» lo recibiria de buen ánimo para no empeñar á Es-
» paña en quebrar con la Inglaterra, siendo tal,
» añadia, la deferencia con nosotros, que aun admi-
» tida asi nuestra neutralidad en aquel caso, no por
» eso la Francia usaria de restricciones en cuanto á
» auxiliar á España con sus armas, siempre y cuando
» lo necesitase, sin poner ninguna tasa.»

Esta salida inesperada, y á lo menos en sus formas y en su apariencia generosa, grangeó el ánimo de Carlos IV mucho mas de lo que hubiera yo querido. La voluntad del rey fué de corresponder al primer cónsul, concediéndole cuanto fuese compatible con la paz deseada, con el honor de su corona y el bienestar de sus vasallos. Sus encargos de buscar y convenir el modo de hacer esto fueron ejecutivos, con aquella vehemencia que tomaba cuando se queria mostrar reconocido. Con el embajador francés se dió por entendido de estas disposiciones favorables.

Dos caminos se hallaron listos que conviniesen á la Francia: el que yo propuse al rey, y el que pen-

sando de diversa suerte estimó seria mejor el ministro Ceballos, inspirado desde París por nuestro embajador Azara. Yo habia hablado muchas veces con M. Beurnonville de un tratado de comercio entre Francia y España, que ventajoso á entrambas partes, lo seria aun mucho mas para la Francia si se llegaba á ver privada de los mares: yo habia llegado hasta indicarle como una especie de proyecto que rodaba en mi cabeza, el de un ensayo de comercio libre entre las dos naciones durante aquella guerra, sin ligarnos perpétuamente mientras no se viesen sus ventajas, y que podria seguirse, ó bien abandonarse, hechas las paces, á voluntad de cada una. Este concierto habia de establecerse levantando muchas prohibiciones (las mas de ellas) y quitando ó disminuyendo segun las circunstancias los recargos de derechos que sufrían de entrambas partes en su entrada un gran número de objetos comerciables, todo al igual y en interés recíproco. El comercio francés tendrían así la gran comodidad de poder abastecerse en nuestras plazas de los frutos y especies coloniales con menor dispendio, y de concurrir sin decaer en los mercados interiores y extranjeros con ventajas superiores á las demas naciones á quien la guerra impediría surtirse de otras partes, ó que habrían de hacerlo á mayor costo; junto despues á esto las asociaciones que podrían formarse entre mercaderes españoles y franceses para el comercio de ultramar, con las precauciones

convenientes para evitar tropiezos con las leyes de la marina inglesa. El embajador Beurnonville hubo de escribir con interés acerca de esto, y recibió sin duda una respuesta aprobativa, visto que al tratarse luego de los medios de favorecer nosotros á la Francia sin dejar de ser neutrales, se mostró no tan solo bien dispuesto, sino tambien solícito de realizar aquel tratado de comercio, y compensar por medio de él nuestra falta de concurrencia á aquella guerra. Tal le ví acalorado y abundando en esta idea, que llegué á obtener de él que consintiera, si se hiciese el tratado, en no pocas restricciones á favor de España, por las cuales se mantendrian en sus franquicias, libres de toda concurrencia, nuestras telas de algodón y un buen número de artículos de sederías.

Yo dí cuenta al rey de aquel camino que encontraba abierto para apartar las pretensiones de la Francia de cualquier otro medio que nos diese entonces ó despues el carácter de auxiliares suyos obligados en sus guerras. Pero al exponer al rey mi pensamiento le rogué que consultase entre sus varios consejeros y ministros sobre aquel proyecto, visto que yo podia engañarme en materias tales y tan graves de economía y de hacienda. El rey lo hizo y pidió informes á diferentes consejeros: á todos les rogué que expusiesen con entera libertad sus pareceres, y una prueba de la sinceridad con que en esta y en tantas otras ocasiones amé siempre

el acierto, sin buscar ni exigir lisonjas peligrosas, fué que el mismo ministro y grande amigo mio por entonces, el famoso Ceballos, dió su voto en contra sin que yo tomase queja de esto. A Ceballos y al mayor número de consejeros que fueron consultados les pareció arriesgado en gran manera para nuestra industria aquel proyecto.

Yo habia hecho ver que un gran número de los productos de ella se encontraban en el caso de no temer la concurrencia; que en aquellos otros ramos esenciales en que nuestras fábricas necesitaban levantarse á igual altura, el ministro francés admitia las restricciones; que en aquellos objetos, los de lujo y fantasía mayormente, que nos costaban más fabricados en nuestra casa que comprados al extranjero, importaban muy poca cosa los esfuerzos aislados que se hacian por algunos, sin aumentos sensibles; que la falta de concurrencia de la parte del extranjero emperezaba á los artistas, y que las fábricas se mantenian por esta causa estacionarias; que en todo evento, quitado el monopolio en los mercados nacionales, el gobierno podia auxiliar á los fabricantes con subvenciones ó con premios bien distribuidos, medio cierto y probado de procurarles adelantos; que este empleo del dinero valdria mucho mejor que pagar contingentes ó subsidios de alianza; que debiamos ganar nosotros mucho mas que los franceses en aquel proyecto; que la España, nacion agricultora por esencia, no podria menos de

aumentar este ramo fundamental de su riqueza, admitidos todos sus productos en la Francia; que la balanza en esta parte debia cargar en favor nuestro, abundando España en cuantos frutos le podia vender la Francia, y careciendo ésta de una multitud de artículos que producía nuestro suelo, nuestros aceites, nuestras lanas finas, nuestros agrios, nuestros frutos secos, nuestras sosas, nuestras barrillas, nuestro esparto, nuestros plomos inagotables, nuestros azogues, nuestros fósiles, nuestras drogas, y por cima de esto nuestros riquísimos productos de las dos Américas; que por lo respectivo á estas regiones, era visto que el contrabando equivalia á los efectos del comercio libre, si mas bien no los pasaba, con la diferencia harto triste de que el contrabando no daba entradas al erario y pervertia á los naturales; que despues de todo, admitido el tratado como un simple ensayo durante el tiempo de la guerra, el comercio francés no se hallaria en el caso de hacer expediciones largas por su cuenta en nuestras Indias y tendria que valerse de nosotros, lo cual aumentaria la fortuna y los recursos de nuestros negociantes, y que en fin, como quiera que se mirasen estas cosas, el sistema del monopolio con respecto á las Américas, en el estado de civilizacion y de progreso en que se hallaban aquellos habitantes, no podia sostenerse por mas tiempo sin desagradarlos y enagenar sus corazones.

Mil otras cosas dije en favor de mi proyecto, pe-

ro en vano : aun es hoy día y estas ideas sobre el comercio libre no hallan muchos patronos : el ministro Ceballos oponia de su parte, no sin habilidad, quanto se dice en contra de ellas. Incierto el rey entre estas opiniones, una especie en fin que tocó, no me acuerdo bien si el ministro Ceballos ó el ministro Caballero, bastó á fijar su ánimo y lo apartó de mi dictámen. He aquí cual fué esta especie: « Si la concurrencia libre de los géneros franceses llegare á malparar algunas fábricas entre nosotros, son de temer el descontento y los motines de la parte de los obreros. Este era el lugar flaco del monarca; toda idea de tumultos lo espantaba: yo no exploté jamás esta flaqueza.... Exploté solo sus virtudes que eran grandes. ¡ Ah! la España no me ha tenido cuenta de esto! (1).

¿Cuál fué pues el modo que propuso Ceballos para conciliar los intereses de la España y de la

(1) Este horror á los tumultos que dominaba á Carlos IV, venia desde su infancia misma. Lejos de haberse habituado en Nápoles, cuando niño, á las frecuentes asonadas de los lazzaronis y de las clases miserables del inmenso populacho, las vió siempre con espanto. Pero lo que mas fijó en su ánimo estas fuertes impresiones, fué el tumulto de Madrid contra el ministro Squilace, cuando Carlos III se vió obligado á huir para Aranjuez saliendo fuera de la villa al parque por los sótanos del Palacio. La princesa de Asturias se encontraba á la sazón postrada con las calenturas de la alfombrilla que estaba padeciendo,



Francia en la cuestion movida? Pagar un contingente en numerario en vez de tropas y navíos que habia pedido Bonaparte.

«¿Llevará esta medida con paciencia la Inglaterra?» pregunté yo entonces.

— «Deberá llevarla, respondió Ceballos, porque » en el derecho recibido en las naciones de la Europa, no se opone *á la paz dar subsidios á su aliado,* » si se hallaban estipulados por transacciones anteriores. »

— «¿Nos conviene, pregunté todavía, establecer » un precedente que podrá ligarnos en cualquiera » otra guerra en que la Francia, y un hombre tal » como su gefe, se atreveria á exigirnos nuevos contingentes de alianza?»

— «Se trata solo de esta nueva guerra de la Francia con la Gran-Bretaña, y la estipulacion que llegue á hacerse excluirá cualquiera otra, » respondió Ceballos.

Yo no insté mas, y Ceballos y Azara se compusieron con la Francia comprando la neutralidad de

y sin embargo para no dejarla sola, fué necesario envolverla y sacarla en una cama, no sin gran riesgo de que la erupcion retrocediese y le costase la vida. La revolucion francesa completó en su espíritu con mucha mayor fuerza estas vehementes aprehensiones, y en alabanza suya sea dicho, que podia mas en su corazon la idea de los excesos populares y de la sangre derramada que su propio riesgo.